



PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO
**SIMÓN
BOLÍVAR**

Discurso Maryluz Vallejo

Presidenta del Jurado

Edición 43 - Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar

2018

En el último medio año, mientras los miembros del jurado de este premio leíamos, escuchábamos y veíamos los trabajos recibidos, nos quedaron sonando las voces de los periodistas que dejaron un poco de sí en cada noticia, reportaje, crónica, entrevista, columna de opinión, crítica, fotografía y caricatura. Reconocimos el lugar que ocupan en la historia narrada porque las circunstancias de cada cobertura son únicas e irrepetibles, y como testigos de los acontecimientos sus testimonios también cuentan.

Testimonios que algunas veces quedan preservados como en “El testigo”, la reciente exposición del reportero gráfico antioqueño Jesús Abad Colorado, en la que con el doble registro de imágenes y relatos recoge su mirada del conflicto armado colombiano durante las últimas tres décadas o *El país que me tocó*, el libro en el que Enrique Santos Calderón rememora acontecimientos de los que fue arte y parte —como el último proceso de paz—, dentro y fuera de esa atalaya privilegiada del diario El Tiempo.

Si nos vamos más atrás, encontramos otro tipo de memorias, no muchas —porque a este género de la primera persona le han faltado cultores en Colombia—, pero reveladoras de distintas épocas de nuestra historia, que traen lecciones de periodismo más útiles que las de cualquier manual, y rescatan hechos y personajes casi olvidados, quizás porque en su momento no convenía narrarlos ni nombrarlos. Podría leerse, por ejemplo, *Mordaza, diario privado de un escritor público*, en el que Fernando Gómez Martínez denuncia la censura al diario El Colombiano en los años de la dictadura; la monumental *Pasión del periodismo* de Carlos J. Villar-Borda; *Las llaves del periódico*, con la reconstrucción que hace Carlos Mario Correa de la persecución de Pablo Escobar a los empleados de El Espectador en Medellín o *A bordo de mí misma*, de Olga Behar, una de las pocas memorias con voz de mujer.

Otra variante del género testimonial son las biografías, como la de Luis Carlos Adames sobre Enrique Santos Montejo ‘Calibán’; la semblanza de Guillermo Cano hecha por Jorge Cardona en *Tinta Indeleble*; la biografía que escribió Edison Marulanda sobre

Fernando Garavito, el temido 'Juan Mosca'; o la de *Jaime Garzón, el genial impertinente*, de Germán Izquierdo.

Algunas memorias han adoptado el formato de diálogo o entrevista de largo aliento y largo tiempo, como las de Juan Carlos Iragorri a Antonio Caballero y Fernando Quiroz a Daniel Samper Pizano, o las realizadas por Lorenzo Morales y Marta Ruíz a diez destacados periodistas, que recogieron bajo el título *Hechos para contar*. El caricaturista Vladdo también dejó vivos retratos de sus colegas en el libro sobre sus 15 años en *Semana*, revista que al término de los diálogos de paz publicó *Memorias de periodismo y trincheras* con diez directores de medios de comunicación.

Todo esto sin desconocer que en las bibliotecas universitarias reposan numerosas tesis sobre la vida y obra de los maestros del periodismo. Hasta podemos encontrar memorias en clave de ficción, como la novela *A pesar de la noche* donde Guillermo González Uribe exorciza sus fantasmas de los años ochenta desde la redacción de *El Espectador*.

Memorias singulares que, además de su valor documental, ofrecen la bitácora de reporteros y columnistas sobre los hechos que cubrieron y, en ocasiones extraordinarias, descubrieron, pero no siempre pudieron contar con detalles y percepciones sobre los personajes para cumplir con el mandato de la objetividad. En ellas plantean sus dilemas éticos sobre lo que significa ejercer la profesión con independencia en épocas oscuras, sus ingeniosas técnicas de reportería con o sin aparatos electrónicos, sus afinidades ideológicas e intelectuales, las tiranteces con los dueños de los medios, sin omitir los momentos de desengaño de la profesión.

Así que reflexionando en todo esto con mis colegas del jurado pensamos que es el momento propicio para crear un **centro virtual de memorias periodísticas**, donde se alojen los testimonios de quienes han ejercido el periodismo en distintas épocas, vivos y muertos, muchos de ellos premiados en los 43 años de existencia del Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Un repositorio destinado a convertirse en referente de identidad profesional en especial para las nuevas generaciones, que volverán a entender los alcances de la primicia pura y dura, cuando el género noticioso se está desdibujando por la inmediatez de las redes sociales.

Los veteranos, por nuestra parte, ratificaremos la vigencia de los valores del periodismo clásico, aunque a veces nos perturbemos con tantas necedades que circulan, con tantos fuegos artificiales y con tantos periodistas improvisados sin apego a la verdad. Valores que resisten los embates de los nuevos modelos de negocio y la convergencia en las salas de redacción en tanto privilegian la ética y el criterio.

Nuestra propuesta es entonces un proyecto en permanente construcción de periodistas contándose a sí mismos, reporteándose en su quehacer, recuperando voces, archivos, fotografías, grabaciones, libretas de apuntes donde escribieron su primer borrador de la historia, aunque suene a frase manida. Proyecto que contribuirá a recuperar el *ethos* del periodista comprometido y apasionado por la causa, y que estará lejos de fomentar esas vanidades que tanto deploraba el maestro Hernando Téllez, quien en una columna de la revista *Semana* de 1958, se refirió al periodismo confidencial que “se produce cuando el periodista resuelve contarle al público algunos hechos que al público no le interesan”. Aquí las intimidades y las anécdotas trascenderán el afán de protagonismo para constituirse en insumo de conocimiento, en pruebas para contrastar las versiones dominantes de la historia.

En esta edición del premio hallamos fragmentos autobiográficos en piezas donde los periodistas jugaron un rol excepcional como observadores de los hechos o como interlocutores de los protagonistas de la historia. Incluso, al consultar los registros de inscripción —que algunos llenan con cierto desgano— pudimos conocer las dificultades que enfrentaron, los hallazgos que hicieron, el tiempo que dedicaron, el equipo con el que trabajaron, las amenazas que recibieron, el impacto que lograron. La trastienda del trabajo de campo; información de gran utilidad en el proceso de valoración que hicimos los jurados.

Algunos tomaron mayores riesgos porque incluso ahora que se ha mitigado el estruendo de las balas, los victimarios siguen imponiendo el terror en los territorios ya despejados por las FARC. Por ello, el tono oscilante entre la esperanza y el escepticismo —tan acorde con el estado de ánimo del país del posacuerdo— se siente en muchos de los trabajos, desde el punto de vista de los narradores y de los narrados. En general, esa comprensión de la realidad en sus múltiples dimensiones que demostraron los participantes es lo que necesitamos para reconciliarnos y avanzar como sociedad.

En esta radiografía del país contado en los medios nacionales y regionales del amplio espectro mediático, la corrupción ocupó otro frente de interés, como se espera del periodismo vigilante de los poderes públicos. Esas entrevistas a quemarropa, esas denuncias con pruebas inobjetables, visualización de datos y seguimiento tozudo a los cínicos confirman el refinamiento de los métodos investigativos, todavía más eficaces cuando se acompañan de prosa irreverente e irónica. Claro que como dice el español Ignacio Escolar, reconocido director de *Eldiario.es*, se tiende más a la denuncia del poder político que del económico, y esas omisiones fueron notorias en el salpicado escenario de Odebrecht. La falta de agenda propia también se vio en el apego excesivo a las fuentes oficiales en algunos trabajos de investigación.

Valga aclarar que los miembros de este jurado estamos convencidos de que el mismo celo que ponen los periodistas en la defensa de la verdad lo deberían poner en la defensa del idioma, tan abusado en estos tiempos de #MeToo cuando, por ejemplo, la ribera del río pasó a ser el apellido del celeberrimo autor de *La Vorágine*, razón por la cual se hundieron un par de buenos trabajos. Ni siquiera hablamos de metáforas gastadas y de imprecisiones, síntomas de la decadencia del lenguaje a la que George Orwell atribuye el caos político, sino de vulgares errores, que podría eliminar un corrector de estilo (real, no virtual). Pero ese personaje desapareció de las redacciones como también está amenazada la figura del editor. Editor que realiza operaciones de salvamento de los textos bien reporteados pero regularmente escritos; que limpia el ripio, que ayuda a enfocar lo importante, que verifica la información, que titula con criterio, que busca una relación orgánica entre textos e imágenes, en fin, que ennoblece el trabajo periodístico garantizando la calidad. Por ello, aunque el jurado comprobó que los reporteros están detrás de los temas relevantes del país, muchas piezas se malograron en el proceso final de escritura o de montaje y edición.

Lo anterior como un campanazo de colegas a colegas, sin pretender amargarle el dulce a los ganadores de esta noche que con sus excelentes e inspiradores trabajos aportaron nuevas miradas a la historia del país y buenas prácticas al ejercicio profesional. Para ellos, nuestras sinceras felicitaciones.

Muchas gracias,

Maryluz Vallejo